

Faceta humana de Julio Caro

GONZALO MENÉNDEZ PIDAL
REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Hace tiempo se me pidió colaborase en este número dedicado a Julio Caro. Soy tardo, pero en esta ocasión afectos íntimos hicieron posponer aún más mi aportación, y hoy, aunque sea muy brevemente, no quiero dejar pasar ni un día más en proclamar mi estima y afecto por este entrañable amigo.

Muchos son los que podrán hablar con más ponderación y conocimiento de la obra científica de nuestro amigo, y lo será como arqueólogo, como lingüista, como etnógrafo... pero yo creo que a todo esto hay que sumar continuamente la marcada faceta humana del propio Julio Caro, faceta que siempre enriquece y explica su obra. A él no le gusta el nombre de antropólogo, etnógrafo le resulta todavía algo enfático, pero es indudable que en su obra prima el interés por comprender a los hombres, lo que han hecho, y las cosas de su entorno. Por eso para valorar la obra de este amigo debemos no olvidar algo de aquello en que se vió envuelto desde su infancia y aquello de que él intencionadamente se fue rodeando.

Del ambiente familiar mucho podría decirse, y él mismo repetidas veces ha escrito sobre ello, yo aquí solo evocaré algunos mínimos aspectos. A principios de siglo mi madre, María Goyri, conoció y convivió con Carmen Baroja en el Monasterio del Paular, y desde entonces se despertó en mi madre una gran estima por aquella vasca, de menos de veinte años, que iba a ser la madre de Julio, y siempre continuó evocándola con especial interés. Pasaron los años y mi familia fue a vivir a la madrileña calle de Ventura Rodríguez, y en esa misma calle comenzó también la andadura madrileña de la familia Caro-Baroja, y allí estuvo inicialmente la editorial del padre de Julio, que después, con imprenta, se fijó un poco más allá, en la calle de Mendizabal; y desde allí llegaban a mi casa algunos de aquellos libros de la editorial Caro

Raggio que mi madre hacía encuadernar con especial cuidado ¿Qué habrá sido de ellos?

Por entonces comienzan los años infantiles en que Julio y yo vamos a asistir a la misma escuela, pero yo soy tres años mayor que él, y a esa edad son muchos años de diferencia, y los mayores no se ocupan de los pequeños, y sin embargo de esos tiempos guardo un testimonio entrañable. Mi madre coordinaba en aquella escuela las enseñanzas de lengua, visitaba las clases, preguntaba, se informaba, y en unos minúsculos cuadernillos iba anotando, eran datos reservados; hoy he salvado algunos de aquellos cuadernillos, y en uno de ellos, del año 23, leo: “Julio Caro Baroja: inteligente y con cultura literaria, mucho interés”; claro que tras nombres de otros alumnos las acotaciones eran bien distintas, y en todos los casos nos sorprende hoy, leer lo que entonces quedó anotado y lo que, después de tantos años, vino a ser de muchos de aquellos niños.

Y era todavía en aquella época escolar cuando Julio acompañaba a su madre al Instituto Valencia de Don Juan, donde ella estaba preparando sus estudios sobre bordados y encajes que dieron fruto en ese libro hoy tan buscado, y fue durante esas visitas cuando Julio va a iniciar su trato con don Manuel Gómez Moreno.

La casa de la calle de Mendizabal albergaba tres núcleos familiares, y como dirá Julio en aquella familia, rara y compleja la que daba cohesión era su madre, Carmen Baroja. Mientras tanto por aquella casa Julio iba viendo pasar gentes tan variadas como un Juan Echevarría, un Azaña, un Valle Inclán, un Alvaro Retana... en fin, todo un “Mirlo Blanco”; era también el tiempo en que oía hablar a su padre con los obreros de la imprenta, y ¡qué historias! dirá él.

Pero a estos suceden años bien amargos, riesgos, separaciones, la casa de la calle de Mendizabal queda deshecha, sobrevivirá en muchos el recuerdo, pero ¡cuantas cosas desaparecieron allí! Después, en la nueva casa de la calle de Alarcón se reconstruye lo que se puede, y los que van sobreviviendo han de ir soportando la muerte de seres bien queridos. Julio acaba su carrera de Filosofía y Letras, piensa en dedicarse a la Historia Antigua, y comienzan a abrirse ante él campos bien diversos. Gómez Moreno acierta en el enfoque silábico-fonético que da a las escrituras ibérico-tartésicas, y Julio se adentra por ese camino, y a este propósito recuerdo vivamente con cuanta estima hablaba Gómez Moreno de aquel joven. Pero los tiempos eran difíciles, las circunstancias hacen desistir a Julio de oponer cátedra. En el ámbito acoge-

dor del Instituto Británico halla trabajo, y ello va a dar pie a un episodio típico en la vida de nuestro amigo, pero revelador también de todo un durable clima. Será un día de 1952 en que Julio visita una conocida librería de viejo. El dueño con otros de esos que se dicen amantes de los libros hace tertulia Julio no es de aquellos tertulianos, y husmea por los estantes, y abre un tomo manuscrito con numerosos textos rudamente escritos en árabe, algo barrunta, le piden veinte duros por el tomo, se lo lleva, y otra vez don Manual entra en liza, y un horizonte más amplio y preciso se abrirá para los plomos del Sacro Monte, y Julio no perderá ya el interés por los falsarios de la Historia. Lo aleccionador del caso es, que aquellos manuscritos durante más de veinte años habían estado al alcance de la mano de aquellos señores eruditos sin despertar su curiosidad, para escribir con suficiencia sobre los tales plomos les bastaba con repetir lo ya dicho.

Pero para comprender la persona de Julio tendríamos que haber hablado y seguir hablando de la convivencia con un personaje clave: su tío Pío Baroja, que tanto sabía sobre la grey humana, que tan bien supo despertar la curiosidad de su sobrino, y que tanto le alentó a trabajar en esa dirección. Porque de todo ello resultó impregnada en muchos aspectos la obra de Julio Caro.

Y fue en esa calle de Alarcón donde tuve la fortuna de ir conociendo más de cerca el clima en que Julio Caro desarrollaba su obra, ya llena de madurez. El nos dice que aquella casa se había ido convirtiendo para entonces "en una especie de estación de ferrocarril, en la que entraban y salían todos los que querían, y a todas horas". Pues bien, aprovechándome de ellos, un día dejé allí en marcha mi primer aparato de registro magnético, y allí quedaron grabadas dos horas de espontánea conversación de don Pío con sus amigos de todos los días: Val y Vera, Fernández Casas... Por cierto, todos ellos, sabiamente, no hicieron sino sugerir temas que reavivaban la memoria de don Pío; mientras tanto apoyado en el quicio de una puerta, Julio hacía contrapunto con sus apostillas. Dos horas de vida en aquella casa, que afortunadamente rescaté.

Y son los años que se van llenando con estudios de Julio Caro sobre prehistoria, mitología, numismática, lingüística, Inquisición, vida rural, tecnología y un larguísimo etc. que, como dije, de todo esto hay sobrado número de especialistas que hablarán con unos conocimientos que yo no tengo. Por eso yo aludiré aquí únicamente a algo que me es muy sugestivo en el quehacer de Julio: su continuo recurrir a la expresión gráfica. Resulta imprescindible que para comprender la máquina de un molino de viento, Julio tenga que hacer un dibujo, por cierto admirable, normal es también que un plano le sirva para comprender el desarrollo de un poblado, o que en un mapa muestre la distribu-

ción de diversos tipos de casas rurales, otra vez será con un mapa con lo que sintetice las zonas dolménicas y el pastoreo, pero llegará incluso a sugerir gráficamente la conformación y evolución de la sociedad alavesa en los primeros siglos de la Reconquista, o la relación de la estructura topográfica con la jerárquica, y tantas cosas más, en fin que no puedo menos de recordar la frase de Albert Einstein: “si no lo puedo dibujar es que no lo entiendo”. Y todos los que le hemos tratado en un distendido ambiente, también le hemos visto evocar con el lápiz otras bien diversas imágenes, las más de su tierra querida, y recuerdo cómo un afortunado amigo recogía, semana tras semana, esos dibujos que el lápiz de Julio iba trazando mientras algún señor peroraba; y que hoy afortunadamente se conservan y estiman en la casa de una discípula de aquel amigo.

Las muertes de los más queridos se suceden, la de Pío Baroja en 1956, “al morir mi tío dirá Julio quedamos tan cansados, tan agotados que decidí cerrar la casa”. Así que no mucho después habrá de abrirse una nueva, ahora frente al Retiro madrileño, con su hermano Pío y sus sobrinos, y otra vez tendrá que ser una mujer vasca: Josefina Jauregualzo, la que sepa allí cohesionar y crear un ambiente acogedor. Pero el carácter de esa mujer fue capaz de extender su atención incluso mucho más allá de su propia familia, pues bien recuerdo cómo su acogida logró que un querido amigo, Luis G. de Valdeavellano, sobrepasase un muy duro bache familiar. Y somos varios los otros amigos que de esa casa guardamos muy gratos recuerdos, y por otra parte, no olvidaré tampoco días como aquellos en que apasionadamente se comentaba allí un anunciado “referendum”, mientras Julio murmuraba por lo bajo. ¿Que decía?. Recordaba simplemente a un vecino de Vera, discutidor empedernido, que cuando le querían embrollar, acababa diciendo: ¡sí, sí! PERO NO!.

Y falta, nada menos, que aludir a ese entorno de Vera, que son sus tierras, sus hombres, sus ganados, sus casas, Itzea; ¿qué sería de Julio sin aquella casa y aquella tierra?. Vera, dirá él “es la vida familiar sin trabas ni cortapisas... Itzea es el sitio donde yo estoy siempre más a gusto”. Pero ¿qué es Itzea?, habría que empezar por las que fueron sus cuadras, hoy con sus viejos alambiques, viejos yugos, viejos arados... recorriendo después habitaciones llenas de cuadros del tío Ricardo, la biblioteca continuamente enriquecida, la sala de las estampas, el hogar, y lo más entrañable, lo que no se puede describir. Y para Julio a esa casa y a esa tierra están unidos recuerdos imborrables, así cuando en 1931, aún un adolescente sin carrera, conoce a don Telesforo de Aranzadi, o cuando con él y con don José Miguel de Barandiaran, asiste a la exploración

de una cueva, “durante los días pasados en aquella cueva —dirá Julio— aprendí yo más que en años de universidad”. Y aún habría que evocar otros nombres de aquel entorno: Resurrección María de Azkue, Julio de Urquijo... y yo no olvidaría a Berracoche, aquel acordeonista de Vera, que al volver, después de haber tocado en las fiestas de Orio, o donde fuese, comentaba que aquel año se habían divertido un 30 por ciento menos que el año anterior, ¡cuantas veces me acuerdo de él!, cuando veo, en los días que corren, publicar tantas encuestas en que se nos bombardea diciendo qué tanto por ciento de los españoles opinan, o piensan, o quieren, o creen tal o cual cosa.

En fin, estos son algunos de los ambientes que evoca en mí el nombre de Julio Caro, como él dice “el destino ha hecho que en mi vida, tanto intelectual como afectiva, hayan influido corrientes de muy distinto origen, y si se quiere difíciles de unir”. Y este es para mí el autor de obras tan variada, que algunos han querido tachar de heteróclita, —claro que como Julio dice: “la manía de especialización ha llegado a tal grado, que hay gentes que no saben nada importante, incluso de su especialidad”. Y este es también el amigo escéptico que dice: “desde el punto de vista espiritual me considero superviviente de una época en que no he vivido”. Pero ahora somos muchos los que firmemente creemos que Julio Caro vive en el día de hoy y vivirá en el de mañana.

San Rafael (Segovia), febrero de 1995